

aquellos conciertos armoniosísimos se escapó un gemido. Era el pensamiento humano que dolorido y triste y congojoso se quejaba de aquella religion, y queria adorar otra religion más alta, más digna del hombre, más propia de Dios. ¡Tremendo instante para la religion pagana! Cuando el sentimiento dominaba al hombre, podia prometerse el dominio del hombre. Pero desde el momento en que la razon levantándose del seno de sus dogmas volaba en pos de otra luz más clara, de otra vida más verdadera y más pura, debía darse por muerto el paganismo. Nada más triste para esa religion, nada más contrario á su poder y más dañino á su vida, que la continúa emancipacion de los espíritus elevados. La razon más alta, más clara, más pura que el paganismo, la razon humana debía concluir por devorar todos aquellos dogmas. Ya sabemos, señores, en qué consiste principalmente la fuerza de la razon. Su principal carácter es la tendencia á la universalidad; su ley suprema es la unidad. La razon pone en los sentimientos fraccionados, en las nociones dispersas, en la inteligencia, en el sentido, en todo nuestro sér el sello augusto de la unidad. ¿Cómo la pluralidad de dioses podia satisfacer á la razon, que es una en esencia? ¿Cómo aquellas divinidades nacidas bajo las ramas de los árboles, al borde mismo de las fuentes, en un lago, en una onda, en un poco de espuma, destinadas muchas de ellas á pe-

recer con la misma facilidad que las flores en el campo; cómo podian satisfacer á la razon que tiende á la universalidad en sus grandes concepciones? La filosofia nació primero bajo la tutela del paganismo, se amamantó á sus pechos. Los filósofos creian ó aparentaban creer en la religion. Los mismos dogmas que sustentaban los sacerdotes sustentaba Pitágoras. El gran filósofo llevaba tambien su lira, creia en el concierto de los mundos, iba á sacrificar á los altares de Apolo. Pero esta union tenia más de aparente que de real. La verdad es que en el seno de la misma filosofia pitagórica se encontraba un gérmen de oposicion fuertísima al paganismo, un elemento de perdicion para ese dogma, puesto que en el sistema de Pitágoras se divisaba ya la unidad de Dios.

Este es, pues, el camino que siguió la filosofia griega, sometida primero á la religion, despues su aliada, y por último su cruel enemiga. El espiritualismo idealista de la escuela eleática es la primer arma asestada contra los dioses; el primer grito de guerra que la raza exhala contra el paganismo. Y es natural, señores, que el idealista, el filósofo que busca la unidad absoluta, se aparte con horror en el corazon del paganismo. Xenófanes, el jefe de la escuela eleática, se levanta arrogante. Su primer afirmacion es Dios; su primer negacion el mundo, lo contingente, lo perecede-

ro. Despues de alzar tal doctrina, arroja los rayos de sus grandes ideas sobre la coronada frente de los dioses. El sér divino, dice, no puede nacer, su vida es todo el sér, su habitacion lo infinito, su templo lo eterno. Esos dioses, que se levantan en los templos con formas humanas, esos dioses nacidos de la imaginacion delirante de Homero y Hesiodo, son como grandes usurpaciones que el hombre ha cometido en el cielo, queriendo dar á la divinidad su imágen: que si los leones y los bueyes pudieran pintar, pintarian tambien dioses-leones, dioses-bueyes, y los etiopes hacen sus ídolos negros con la nariz aplastada y los ojos relucientes y pequeños. Estas palabras cantadas en un poema por un hombre errante como el viejo Homero, por un hombre que sentia en su frente el fuego de la inspiracion poética; estas palabras eran como una lluvia de fuego desatada sobre las altas cimas del Olimpo; lluvia que ahogaba á los dioses.

Empedocles tenia el mismo carácter que Xenófanes, y pertenecia á la misma escuela. Su poema es un combate contra los dioses, un combate á muerte; despues de señalar el sentimiento del amor como el origen misterioso de todas las cosas y el odio como la negacion y la muerte, dice que los dioses no pueden tener formas humanas ni orgánicas, sino que son todos un espíritu puro é infinito que rodea como una gran esfera todas

las esferas, y todos los astros, y todos los mundos. Así Empedocles dice que en el seno de esa esfera divina no hay inscritos nombres de dioses, ni Júpiter que mande tiránicamente, ni Saturno que devore á sus hijos, ni dios alguno, sino la santidad de la vida divina y la eficacia del eterno amor. El paganismo echó de ver pronto lo tremendo de esta guerra. Para contrastarla pensó en perseguir á los filósofos. Un dia se levantó el génio de la filosofía, Sócrates. Ningun hombre habia conocido á los dioses más profundamente, ninguno los habia herido con golpe más certero. La razon elevada sobre todos los dogmas, la conciencia sobre toda la vida, la ley moral grabada en el ánimo sobre todas las leyes antiguas grabadas en mármoles y bronces, eran principios tales, que minaban por su base el Olimpo, y herian en la frente al paganismo. La razon se habia divorciado del altar.

En vano Sócrates habia dicho y sostenido que los dioses debian ser venerados y respetados como las leyes supremas de la sociedad; en vano habia querido poner bajo la proteccion del paganismo el nacimiento de la verdadera filosofía de la humanidad, todo en vano; porque el paganismo, con ese instinto superior á todo, con ese deseo de la propia conservacion que tienen tambien las instituciones, ahogó en sus brazos al filósofo, y ciñó á sus sienes la corona del martirio. El impul-

so dado por Sócrates debía crecer con el tiempo. El espíritu humano encontró en la cicuta que había matado al hombre de un día, la sávia que debía dar vida á la idea, á ese hombre superior, ciudadano de la humanidad, uno con todos los siglos. Así, la descomposición del paganismo siguió su inevitable carrera. El espíritu humano predicaba en la filosofía griega más ó menos claramente la unidad de Dios, los grandes atributos divinos, la justicia, la hermosura, la verdad, la Providencia divina, el gobierno de Dios en el mundo y en el hombre, la inmortalidad del alma; principios que destruían y pulverizaban todo el paganismo.

Las escuelas imperfectas socráticas coadyuvaban al movimiento anti-pagano, y Euclides decía que la bondad está en la unidad, destruyendo y desquiciando completamente el paganismo. Lo mismo sucedía en las escuelas socráticas perfectas. La idea de Dios, aunque no del todo pura, surgía del inmenso seno de la conciencia humana como el sol que se levanta en el desierto Océano. Esta idea de la unidad de Dios, ideal del mundo sensible, la union del hombre con Dios por medio del amor, todos estos dogmas que Platon mantenía y predicaba, enterrando más y más el paganismo, señalaban el triunfo del espíritu humano sobre el antiguo espíritu tradicional; santa victoria del progreso. Y á este gran triunfo del espíritu humano sobre el paganismo contribuía el ge-

nio poderosísimo de Aristóteles. Estudiando la naturaleza, dividiendo sus esferas, señalando los seres que en la naturaleza se mueven, abrazando todas sus grandes manifestaciones, Aristóteles despojaba la naturaleza de aquella vida exuberante, de aquella magia, de aquella poesía que había engendrado tantos dioses y tantos dogmas y tantos mithos. La escuela socrática, lo mismo en Aristóteles que en Platon, era fiel á la conciencia y al pensamiento del gran fundador, del gran maestro; su guerra al paganismo continuaba encarnizada y viva. El anatema que Platon había arrojado sobre los poetas, Platon, el mas poeta entre todos los filósofos, no se explica sino por el convencimiento, la persuasion que tenía de que los poetas con sus fábulas, con sus creaciones, con sus mithos, podían oscurecer la gran idea de Dios que había él depositado en el fondo de su república.

Y esta guerra continuaba como en la escuela socrática en sus degeneraciones, guerra á muerte contra la antigua religion. Los sacerdotes, los defensores del paganismo querían dar una significacion á todos aquellos dioses y decían á los filósofos. No creáis que estos dioses son puro juego de la imaginacion, no; encierran en sí grandes ideas; Júpiter es la unidad del mundo sensible, Juno la variedad; Venus la naturaleza femenina mirada bajo su aspecto estético; Minerva, la mis-

ma naturaleza mirada bajo su aspecto moral; Neptuno, arrastrado por blancos caballos, seguido de arrogantes delfines, representa la fuerza que regula el mar y la tierra; Apolo es el eterno sol de la naturaleza y el eterno sol de la conciencia, el pensamiento, la luz; Baco, tan hermoso, es la embriaguez de la vida; Marte, la fuerza natural; Eres, con sus alas de mariposa, sembradas de mil colores, el alma humana que recoge en su seno los átomos desprendidos de todos los seres y vuela por todos los espacios; Mercurio, inventor de la lengua y de la escritura, mensajero de los dioses, amigo del sol y de la luna, conductor de las almas por todos los espacios, es el gran órgano de la creacion, el mediador entre todos los seres; Vesta es á un tiempo el fuego que arde en las entrañas de la tierra y el gran sagrado hogar donde se reúnen todos los individuos de la familia en espíritu y amor; Psichis, coronada de luz, con la amorosa sonrisa en los labios y amargo lloro en los ojos, es el deseo de lo infinito, el eterno amor que hay en el alma; Céres representa la vida interior que hace germinar frutas y flores en la naturaleza, y el rapto de su hija Proserpina, el tránsito del alma de esta vida á otra vida; y todos los dioses, en una palabra, son representaciones visibles de grandes invisibles ideas.

Resumamos, señores, todo cuanto hemos dicho. La revolucion homérica emancipó la conciencia,

hizo de los dioses compañeros de los hombres. Mas bien pronto hubo movimiento en dos sentidos igualmente dañosos al paganismo. La interpretación individual de los dogmas, el ningun respeto á los antiguos sacerdotes, dió de sí dos efectos contrarios á la religion, aunque favorables á la libertad y á la causa del espíritu humano. Los pueblos se olvidaron del sentido interior de los mitos, del espíritu de los dogmas, del alma que centelleaba en los dioses, y se atuvieron á las prácticas exteriores, á las ceremonias, á la adoracion de las imágenes. Los sabios, los filósofos, penetrando en una region superior á la fé religiosa, en una ciencia más alta que los dogmas paganos, ó los combatieron, ó los menospreciaron, ó se sirvieron de ellos como de una simbólica para ocultar sus propias ideas, sus propios sentimientos. De aquí provino una queja continua en los sacerdotes y los repúblicos, un temor de que la religion se muriese, y la exaltacion ficticia de los órficos, que anhelaban restaurar los dogmas antiguos prestándoles una vida que no tenían, que no podían tener, porque es inútil querer resucitar lo que la Providencia ha condenado á muerte.

En estas grandes teogonías, todas fingidas, de Orfeo, se ve clara y distintamente la influencia del Oriente unida á los símbolos pitagóricos, á los dogmas itálicos. La religion oriental impregnada de panteísmo, de los aromas de la naturaleza, de la

vida exuberante de la creacion, esta religion unida á los dogmas pitagóricos, á la trasmigracion de las almas, constituia el dogma de los falsos órficos, que era como un esfuerzo de la naturaleza para recobrar su perdido imperio y extinguir el fuego del alma que ascendia puro, vivo, á su libertad, que es su verdadera, su misteriosa esencia. Mas era inútil, completamente inútil. La religion pagana iba de vencida. Los esfuerzos empleados por los órficos eran inútiles. En el espíritu como en la naturaleza, todo lo que Dios condena á muerte, muere; todo lo que Dios sujeta á grandes transformaciones, se transforma. No se pierde en la naturaleza un átomo, porque de la corrupcion de la vida salen siempre nuevos seres; no se pierde en la conciencia una idea, porque de sus transformaciones salen nuevas ideas, un nuevo espíritu. Pero las reacciones, las grandes reacciones filosóficas y religiosas son imposibles, ó cuan- do ménos transitorias. Los órficos, especialmente en tiempo de Solon, querian resucitar la religion sacerdotal, y no les fué posible; y cuando vieron los dioses de Homero tambien combatidos, tornaron á sus antiguas empresas religiosas, y la divina Providencia condenó su obra.

Los mismos dioses de Hesiodo y de Homero eran rudamente combatidos. Se apeló entonces al arte, á la escultura, al teatro para recalentar el frio paganismo. Era inútil. Esquilo usaba en una tra-

jedia amenazar á Júpiter diciéndole que bien pronto caeria en cenizas su corona, y que seria apagado por el soplo del hombre su rayo. El Edipo de Sófocles sabia más que los sacerdotes, y descifraba enigmas que la teocracia no podia comprender ni adivinar. El mismo Fidias habia levantado en su amor un Júpiter, hijo de su pensamiento más hermoso que el Júpiter tonante del Olimpo. Los atenienses no necesitaban convertir los ojos al cielo; en sus plazas, en sus calles, en sus templos, tenian divinidades más hermosas, más puras, más límpidas que todas las antiguas divinidades homéricas. Como la epopeya de Homero habia sido una protesta en nombre de la humanidad contra los dioses de Orfeo, el arte dramático, la escultura era una protesta contra los dioses de Homero. El espíritu griego, como Saturno, devoraba sus propios hijos. Y al par de esta descomposicion del paganismo antiguo, subian al cielo grandes ideas morales, la ley, la justicia, la verdad; ideas, que la voz del coro de la tragedia lanzaba como rayos sobre la cumbre del Olimpo griego. El Vulcano de las artes, Aristófanés, se reia largamente de las divinidades. Alrededor del Olimpo enviaba una porcion de divinidades picarescas para que se burlaran de los antiguos dioses. Convertia á Diana en gilguero, á Cibeles en avestruz. Hacia pasar al gran Prometeo, al hombre más sublime de la teogonía antigua por el teatro, bajo un quita-sol,

para esquivar la mirada de Júpiter. Decía que Hércules con buen consejo daría su ascendencia divina por un buen almuerzo. Convertía en grullas á todas las divinidades infernales, en cuyas aras habian hecho tantos sacrificios sus padres.

Esta impiedad continuó más cruda en tiempos posteriores. Un dia se levantó en la escuela circenática un hombre impío, ateo, llamado Evehemero, que se decidió á combatir el paganismo, sin sustituir á su dogma ningun otro dogma, á su culto ningun otro culto; como si los pueblos y la humanidad pudieran vivir sin religion; y para combatir el paganismo se valió de malas armas, del ridículo, de la calumnia, de la mentira, suponiendo que habia hecho un viaje imaginario á una isla, y que allí le habian dicho que todos aquellos dioses, consuelo del pueblo, aquellos dioses, en cuyas aras ardía el fuego del sacrificio, á cuyo alrededor se agrupaban los pueblos para encontrar inspiraciones celestiales, eran divinizados guerreros, conquistadores; heregía horrible, que quitando al paganismo su carácter de religion y convirtiéndolo en una especie de apoteosis humana, debía empezar por degradar los dioses hasta convertirlos en míseros mortales, y exaltar los mortales hasta convertirlos en dioses, haciendo entrar en el Olimpo y sentarse en la asamblea celeste, al lado de las divinidades antiguas, á seres como los Tiberios, los Calígulas, los Claudios y los Neronés.

Este sistema de Evehemero no tenian razon. Aunque los dioses fuesen plásticamente hombres y las diosas mujeres, la verdad es que bajo su vestidura mortal ocultaban una idea pura, una idea inmortal. Del viaje imaginario de este ateo, se sacaron como de un gran arsenal, armas muy bien templadas para combatir y descomponer y matar el riente paganismo.

Entonces comprenden los sacerdotes paganos que necesitan para detener los ánimos en su religion, las creencias en su culto, hablar á los sentidos, á la imaginacion de aquel pueblo siempre artista; poner á servicio de los dogmas todos los esplendores del arte clásico; apelar á la escultura, al drama, á la música, á los grandes espectáculos, á las brillantes procesiones, á todo lo que pudiera consolar el ánimo; y los misterios poéticos de la primitiva religion tomaron un aspecto magnífico, crecieron en importancia, llamaron á sí los corazones de las gentes. Verdad es que á esos misterios, á esas ceremonias, no asistian en general los filósofos, los hombres de espíritu cultivado, pero asistian las mujeres, los jóvenes y los niños, y el paganismo, á pesar de hallarse moribundo, tenia en su pró el sentimiento, la primer facultad religiosa que se despierta en el hombre, la última que muere.

Los misterios que habian existido siempre tomaron por este tiempo un carácter desconocido

de universalidad y de grandeza. El alma humana tendia á huir del paganismo, y era necesario detenerla como con lazos de flores en estos primitivos dogmas. Las nobles aspiraciones del alma humana á lo infinito, eran hasta cierto punto satisfechas por esta vaguedad, por estas sombras mezcladas de luz, que constituian los misterios del paganismo. El sacerdote recobraba la influencia y el poder que habia perdido, y lo recobraba no por la santidad de su vida, no por la eficacia de su dogma, no por la alteza de sus creencias, sino por el arte que congregaba á todos; último lazo de union entre los hombres, única armonía de los espíritus, último fuego de las antiguas creencias. Sin embargo, cuando las almas veian sus dioses cubiertos de flores y de frutas, cuando escuchaban los cánticos exaltados de sus poetas, cuando los coros de las vírgenes llenaban los aires de acentos puros de amor, cuando el fuego ardía y mil esencias olorosas se exhalaban de sus llamas, cuando el sacerdote pronunciaba aquellas oraciones que habia recibido de los labios de una generacion anterior y que trasmitia á otra nueva generacion, cuando las lujosas *leorias*, las grandes procesiones circulaban por calles y plazas; cuando el dios aparecia brillante, centelleando una idea divina de su frente, hermoso, rodeado de un pueblo lleno de entusiasmo y de fé, el alma, por más libre que fuera, por más desceñida de los an-

tiguos dogmas que se encontrara, volvia á caer; turbada por sus sentimientos, embriagada por el aroma de los templos y de los sacrificios, en el seno del paganismo.

Aún tendieron á más los misterios. El sacerdote queria con esas alegres centelleantes fiestas apoderarse hasta de los espíritus elevados que buscaban su centro de gravedad en la filosofía. Es verdad que en muchos de los misterios vemos la imágen del alma, sus transformaciones, la historia de su vida, sus esperanzas y sus destinos inmortales; mas todos estos grandes dogmas de tal suerte envueltos en símbolos, en ceremonias, en fiestas, en procesiones, que era imposible al pueblo distinguir la idea del hecho, el espíritu del símbolo; y su temor á la muerte duraba todo el tiempo que duraban las tinieblas en el templo, y su alegría por la resurreccion del alma en otra vida duraba lo que el fugaz instante en que de nuevo se veia brillar la luz que agitaba en sus manos el sacerdote. El pueblo no tenia tampoco aquella instruccion religiosa que necesitaba para llegar hasta la idea de estos símbolos, hasta el espíritu de estos dogmas. Y el pueblo en los misterios veia escenas, palpaba figuras, entonaba cánticos, reia, lloraba, pero no por el sentido interior de aquellos dogmas, sino como en el teatro, por la impresion que dejaban en su ánimo las grandes representaciones escénicas ideadas con ese arte inmortal propio de

Grecia. Los filósofos habían llegado á tener ideas más claras de la divinidad; los filósofos habían dicho que era necesario preocuparse, no tanto de las ofrendas á los dioses como del conocimiento de su esencia, que es el mejor de los holocaustos; los filósofos habían asegurado que Dios no podía ser enemigo del hombre, como el padre no puede ser enemigo del hijo; los filósofos habían enseñado que la ofrenda más pura es la virtud, que la práctica religiosa más grande es una buena obra, que la moralidad del hombre debía purificarse, limpiándose de las manchas del paganismo; y estas ideas, si bien no tenían una influencia decisiva é inmediata en el pueblo, lo preparaban mal para creer en la verdad de los misterios y en el poder de las ceremonias.

Con razon dice un escritor contemporáneo que los misterios sólo halagaban la vista, y con razon, señores, cita la muerte de Adónis. Las mujeres llorosas, rodeando el lecho de flores, de azahar, donde estaba tendido y muerto Adónis, ofreciéndole hasta sus largas cabelleras en señal de luto y desolacion, más que un misterio de la naturaleza ó una idea, ó la transformacion del alma, ó un dogma religioso, lo que en realidad celebraban y lloraban era la muerte de un joven hermoso por ese afan que naturaleza puso en el corazon de la mujer y que la lleva hasta en sus juegos á ejercitar siempre el sentimiento de la maternidad

tan en consonancia con su gran destino en la tierra. Y lo mismo sucedia en las demás fiestas religiosas. Las bacantes, cuando corrian delirando por los campos, cuando un beso de fuego se suspendia de sus trémulos labios, cuando el vino rebosaba en la copa, cuando los coros cantaban la vendimia, cuando Jacho, cubierto de yedra, era llevado en procesion, de ninguna suerte pensaban que aquello pudiera recordar la sávia amorosa de la naturaleza, la vida que hay en los campos, la conmemoracion del jugo que se derrama por todas las plantas; y olvidadas de estas ideas, de estos dogmas, se daban á la loca alegría, y con todos sus sentidos al insensato placer.

Pero no les bastaba á los sacerdotes los placidos misterios de Adonis, ni les servian mucho esos otros tumultuosos misterios, verdaderas orgías, de las bacantes. Empezaron, pues, á poner en uso, á querer avivar misterios, que tuviesen por objeto las luchas, las transformaciones, los grandes triunfos del alma, y que recordaran sobre todo los castigos á que se hacian acreedores en la otra vida los que en esta habian desconocido ó desamado el paganismo. Las divinidades que debian proteger el tránsito del espíritu á la otra vida, á otro mundo mejor, en vez de presentarse protectoras del hombre, ó al menos, si no misericordiosas, justas, se presentaban terribles, ceñudas, poniendo tristeza y miedo en los ánimos, que



creían conciliarse el amor de tales divinidades con el ruido de un culto estrepitoso, con los conjuros, las evocaciones y la magia, en cuyos símbolos y misterios veían una rojiza llama, y en la llama el alma de los dioses infernales. El culto prestado á Hecate, divinidad misteriosa y sombría y triste, es el culto del espanto y no de la esperanza.

Entre todos estos misterios ninguno alcanzó el poder que el misterio de Céres, representado en las grandes fiestas Eleusinas. Muchos filósofos, muchos poetas, Píndaro mismo, hablan con respeto y con entusiasmo de este misterio. Como todos, se refieren á la otra vida, al tránsito del alma. Representan los misterios de Eleusis el robo de Proserpina por Pluton, el descendimiento de la virgen al infierno, el dolor de su madre Céres, que por los campos y las orillas del mar busca desalada y llorosísima á la hija de sus entrañas, pedazo de su corazón, y que no la encuentra, hasta que sabiendo ha ido á reinar en los infiernos, pide que durante algun tiempo pueda ver la luz y el sol con su madre la tierra, y Proserpina sale transfigurada y luminosa del frío seno de las sombras. En todo este misterio se vé una alegoría del alma. Es muy difícil decir aquí, señores, el procedimiento que seguían las ceremonias de ese culto. La esencia de esos misterios era, pues, un culto prestado á la inmortalidad del alma; el robo de Proserpina hecho á su madre Céres, es decir, las

almas cayendo en las tinieblas del infierno, y despues despertándose á otra vida mejor en los campos Eliseos. La imaginacion rodeó de grandes y misteriosos encantos estos dramas. Comenzaban por ayunos, penitencias, lustraciones; los que iban á ser iniciados se bañaban en agua salada, hacían juramento de que estaban puros, untaban su cuerpo con aromas y sumían sus piés en las entrañas de las víctimas. Despues se oía un coro místico, y del interior de un templo salían danzando hermosas jóvenes, y en el centro de aquel alegre coro venía el sacerdote pronunciando palabras misteriosas y simbólicas. Seguidamente el pueblo, las jóvenes se esparcían corriendo por los campos, y dando gritos agudísimos, se dirigían á las orillas del mar, donde callaban, y puesta la rodilla en tierra y los ojos en el azul elemento, elevaban una oración muda al cielo. De allí iban á una fuente donde entonaban todos un himno á Céres, madre de todo sér, vida de los campos, que hace crecer las espigas, que se asienta sobre doradas parvas, que obliga al buey á sujetarse al yugo, que es el jugo de las flores y la diosa que protege la siega y la vendimia. Cuando caía la noche, aquel pueblo encendía mil hachones, de tal suerte que no parecía sino que las estrellas bajaban del cielo á vagar por los campos. Una *leoria*, una hermosísima y brillante procesion empezaba al día siguiente; los edificios aparecían ornados de flo-

res, las vírgenes ceñidas de coronas de mirtos, el dios Jacho era llevado en el centro, y los poetas entonaban versos al compás de melancólica música, deniéndose especialmente bajo aquellas higueras sagradas, en cuyos frutos bebían las abejas la dulce miel de la Ática. Al pasar por el puente del poético Cephiso, de aquel río que inmortalizó Sófocles en su Edipo, mil sátiros se burlaban de los dolores de Céres y de su hija Proserpina. Y finalmente, llegados al gran templo de Eleusis, la noche caía encima de todos, los iniciados entraban á oscuras en el templo, de cuando en cuando sonaba un trueno, se veían mil relámpagos y la tierra bamboleaba trémula bajo sus plantas, hasta que por fin el sacerdote, el hierofanta encendía una luz y todo el templo se inundaba de una gran claridad, y mil palomas revoloteaban en los aires, y se oía una alegre música, y de todos los labios y de todos los corazones se levantaba á un mismo tiempo un cántico de triunfo. Como se vé, estos misterios, más ó menos corrompidos en la práctica, eran una simbólica de los varios estados por que pasa el alma hasta llegar á los Elíseos campos.

Mas, señores, el paganismo no podía vivir. Todos los filósofos, todos los sabios, todos los espíritus superiores se apartaban de él y lo dejaban completamente solitario y abandonado. En Roma la religion toma un carácter eminentemente polí-

tico. Donde más se conoce á Roma es en sus templos. Allí, y solo allí está guardada su verdadera imagen. Las diferencias entre Grecia y Roma se manifiestan clara y palpablemente en esta alta esfera del espíritu, en la religion. Grecia lleva á cima varias revoluciones religiosas, que todas son radicales, profundas; y cuando llega á una nueva manifestacion religiosa se olvida de todas las que la han precedido. Roma conserva al través de sus grandes revoluciones, de su transformacion religiosa continúa, el dios augusto de sus padres, como en su derecho guarda siempre el viejo testo de las Doce Tablas. Grecia sustituye unos dioses por otros dioses; toda divinidad que entra en su Olimpo ha de llevar la corona griega perfumada con los aromas del Hibla y del Himeto, y adornada con las flores que crecen á las márgenes del Cephiso; Roma no, Roma deja su carácter propio, peculiar á todas sus divinidades, y así allí viven á un mismo tiempo, en un mismo templo, los dioses patriarcas, sacerdotales de los etruscos, los dioses patricios, guerreros de los sabinos, los dioses plebeyos, pelásgicos de los latinos. El etrusco, pueblo de que proviene la teocracia, adora su Vesta sacerdotal, sagrada, misteriosa, que guarda solícita el ardiente fuego sacro, verdadera alma de Roma; el sabino adora su vieja lanza enmohecida, cubierta de sangre, signo de su poder; y el latino, como sus padres allá en la Arcadia, adora